

correctamente. Ello equivale a decir que no tienen por qué estar bellamente escritos para ser lo que anhelan ser. Un ensayo, en cambio, debe ser elocuente en su forma porque sólo así será lo que debe ser: la expresión de un temperamento empeñado en traslucir, a propósito de algún asunto, sus dudas, convicciones y emociones.

En segundo lugar, diremos que tratados y monografías aspiran a ser probatorios de la razón que los asiste. Son trabajos de tesis y quieren, siempre, demostrar algo. El ensayo, en cambio, antes que la índole objetiva de los hechos, se interesa en plasmar el impacto que tales hechos provocan en la sensibilidad de quien escribe y los analiza, procurando, sobre todo, atestiguar la magnitud de ese impacto.

El ensayo jamás disimula su carácter de mediación: es franca, expresamente, elocuencia, opinión de alguien sobre algo. No es éste el caso de la monografía y el tratado. Ambos pretenden revelar, ante todo, la índole del asunto que los ocupa y sólo en muy rezagada instancia, las emociones de quien de él se encarga y acerca de él escribe. Si ello es posible o no, constituye otra cuestión. Pero lo cierto es que ésa y no otra es la intención de tratadistas y autores de monografías.

También es frecuente verificar que así como a tratados y monografías se los llama ensayos, a éstos, cuando son breves, suele designárselos artículos, tomando en cuenta, únicamente y a la ligera, lo restringido de su extensión y el hecho de que, casi siempre, pueda leérselos, antes que en un libro, en diarios y revistas.

Las fronteras, en este orden de cosas, nunca son del todo claras ni perdurables, pero así como un cuento corto no se confecciona con los mismos ingredientes que un cuento largo ni apenas con menos páginas, de igual manera un artículo no es un ensayo aunque pueda compartir con él las efímeras columnas de un periódico.

En el artículo, la intención informativa es preponderante y la línea argumental suele perfilarse rehuyendo el hechizo de toda digresión. Un artículo no puede ser conjetural, intimista, divagador o confesional, requisitos que, a la inversa, forman parte del condimento ineludible del ensayo.

II

Si todas estas confusiones no tuvieran incidencia sobre el modo de entender el problema de la verdad poco importarían. Pero la tienen; por eso se impone desbaratarlas y no por afición bizantina a convertir lo irrelevante en cosa monumental.

Si el ensayo pudo ser blanco del desprestigio y materia de tamaña confusión es porque se acabó creyendo, especialmente a partir del infatuado siglo XVIII, que en términos de saber *real* sobre el hombre y el mundo, el estilo constituía una traba antes que un don; un obstáculo y no una facultad. Despojar al lenguaje de connotaciones subjetivas —se pontificó— equivalía a ponerlo en correspondencia plena con la *verdadera naturaleza* de los hechos investigados. El ensayista, tenue bordador de impresiones, debía ceder su atalaya al tratadista, hombre de ciencia cabal, ya que con éste el lenguaje alcanzaba su más alta connotación descriptiva y el conocimiento su instancia más afortunada en términos de rigor. Proliferaron, así, los tecnicismos, y la impersonalidad de los planteos ganó en poco tiempo estatuto de saber. Sin embargo, el vocablo *ensayo*

no se extinguió. Usurpado por quienes no vacilaban en denostar lo que él implicaba originariamente, sobrevivió como designación de propuestas del todo ajenas a su naturaleza. ¿Por qué? Yo no advierto más que un dejo de hipocresía intelectual en esa abusiva expropiación del nombre. Llamar ensayo, justamente ensayo, a un enunciado que se quiere apodíctico y probatorio es pretender disimular, entre los pliegues de la humildad terminológica, una soberbia sin límite que no es otra cosa que deseo de abarcar el saber homologándolo al propio discurso.

Pero además, si el género y el nombre subsistieron, fue también porque no faltaron, por suerte, quienes, remontando la corriente del descrédito, supieron infundirle vida, en consonancia acabada con las enseñanzas del gran Montaigne, su fundador oficial. Así, ciertos ingleses memorables como Richard Steele, Joseph Addison y Samuel Johnson, y ya en nuestro idioma y en la primera mitad del siglo XIX, el deslumbrante Mariano José de Larra, quien, cediendo al prejuicio dominante, llamó *artículo* a lo suyo cuando en verdad era ensayo y ensayo del mejor.

III

La historia cambia con menos frecuencia de argumento que de protagonistas. Lo digo porque se insiste —y se insiste desde hace mucho— en hacernos creer que el saber es certeza y no suposición. Se trata de la tenaz persistencia de un empeño cuatro veces centenario: el de concebir el lenguaje como correlato cumplido del llamado mundo objetivo. ¡Como si el mundo dicho objetivo no fuese, siempre, en lo que tiene de inteligible, obra de una trama simbólica! Y ello no porque fuera de nosotros no haya nada más que nuestras proyecciones, sino porque, cuanto hay, sólo gana significación humana en virtud del modo como el entendimiento, igualmente humano, lo dispone.

No por desatendida esta verdad es novedosa. Ya era vieja en tiempos de Descartes aunque Descartes la haya negado, haciendo oídos sordos a los reclamos de su coetáneo, el buen Francisco Sánchez, quien a los cuatro vientos pregonaba *Que nada se sabe*. Y si a tal verdad se la sigue marginando de la enseñanza es, en gran medida, porque su aceptación implica reconocer la imposibilidad de dissociar el valor de cualquier enunciado de la relatividad propia del juicio.

El ensayo, precisamente, es solidario de esta convicción. La ejerce y la promueve porque su pasión esencial es la convivencia y no la hegemonía. Aspira a ser escuchado y, por ello, a no dejar de escuchar. Aspira a tener sólo algo de razón a fin de que nadie pueda acapararla por entero. Su afición más íntima, por lo tanto, es al matiz. Cultivándolo se desentiende de los significados que se postulan portadores de sentido total y ajenos, por ello, a la contradicción. Su comprensión, en consecuencia, demanda una actitud vigilante por parte de quien lo lee, y no la entrega extática y sumisa del hechizado. Invita a la participación viva en la producción de sentidos y no al acatamiento servil que exige la obediencia. Vale la pena tenerlo en cuenta en función de lo que sigue. Y lo que sigue atañe a otra curiosa y tensa relación que mantiene el ensayo. Me refiero a su vínculo con los llamados géneros de ficción y, en especial, con la novela.

Así como la monografía y el tratado tienden a fagocitar al ensayo, a disolverlo en el seno de su propia necesidad expositiva, usurpándole, sin embargo, el nombre y jac-

tándose luego de ser lo que no son, así se tiende, en la senda opuesta, a contraponer drásticamente la prosa de ensayo a la de ficción, alegando que la índole de esta última sería creadora, mientras la de la primera no rebasaría el árido suelo de lo trillado, estando, en consecuencia, despojada de toda connotación imaginativa.

Es decir, que si en su contacto con el artículo, la monografía y el tratado, el ensayo ha padecido los trastornos propios de la simbiosis, en su aproximación a la novela y el cuento, en cambio, ha sufrido los efectos de una severa discriminación y de una contraposición constante. La pregunta que cabe es por qué.

Quienes desde la ficción se ubican en la orilla del repudio, argumentan en contra el ensayo con igual contundencia que los objetivistas de la ciencia pero en sentido inverso. Sostienen los abanderados más intransigentes del cuento y la novela que la calidad artística del ensayo es nula; que no se trata de un género destinado a proponernos un mundo personal propio sino a comentar el que otros han creado; a no pronunciarse jamás desde el fervor elocutivo de la metáfora, sino desde la asepsia lógica y demostrativa impuesta por el apego a la literalidad. De este modo y acaso sin saberlo, los impugnadores del ensayo se hacen eco de quienes, con feudal irracionalidad, reservan el mundo de los hechos para un género y el de la fantasía para otro, sin posibilidad de reconocer lo más obvio: el hondo, hondísimo entrecruzamiento entre ambos en todos los géneros. Así queda el ensayo entre dos fuegos: por insolvente para ocuparse de *la realidad*, le cierra la ciencia su puerta en las narices; por insolvente para cumplir con las exigencias de *la imaginación*, lo expulsa de su campo la ficción.

IV

No se trata de negar lo que salta a la vista, a la manera de aquellos cortesanos que Hans Christian Andersen retrató alabando las vestiduras inexistentes del rey que iba desnudo. Una cosa, por supuesto, es el ensayo y otra la novela. Que difieren es indudable y de eso me ocuparé enseguida. ¿Pero se oponen? ¿Se trata, como algunos quieren, de dos espacios inconciliables o, más bien, de dos miembros diferentes de un mismo organismo?

¿Es uno —el ensayo— obra de la fría razón, y la otra —la ficción— hija de una pasión visceral y ardiente que entronca entera en el sueño antes que en la diurna realidad? ¿Es el ensayo fruto esencial de la voluntaria disposición a construirlo y la novela, por el contrario, resultante del caudaloso, incontenible arrebatamiento de una fatídica necesidad poco menos que inconsciente?

Polarizarse será siempre para mí echarse a perder. Yo creo que esta drástica segregación es fruto de la obstinada ceguera con que el dogmatismo se mira en el espejo que lo desmiente. No hay géneros creadores sino obras creadoras. Hay hombres y mujeres que, como buenos vástagos del rey Midas, tienen el don de transformar en arte todo lo que tocan, y otros que no lo tienen por más que frecuenten con devoción la casa de los milagros. No es la religión la que hace al creyente, sino éste a la religión. Del mismo modo que no es el apego al género el que implica aptitudes creadoras, sino la índole del vínculo que con él se entabla. ¡Más de un exaltado anda por ahí creyendo que sabe expresar ideas porque le gusta escribir ensayos, y más de dos se jactan de ser